

## MAR DE CENIZA

Recuerdo las historias que me contaba mi abuelo de largos letargos de los que al final despertaban. Podían ser violentos, podían ser silenciosos pero traicioneros. Eran bellos al igual que peligrosos. Ojalá pudiera haber visto uno con mis propios ojos.

Sin embargo, esta maravilla me estaba consumiendo, a mi pueblo, a mí, a todo lo conocido hasta ahora, como una llama consume la vela. Lenta pero inescrutable. Y yo no podía verlo... Me encontraba en mi hogar, temeroso de lo que pudiera pasar. Notaba como la ceniza se acoplaba al techo de mi casa; los gritos de la gente en la calle, aplastada y sepultada bajo los lapilli, esas aglomeraciones de magma que caían del cielo e iban solidificando en su descenso. Después silencio; un silencio inquietante, seguido de un crujido proveniente del techo.

¿Qué pasaría ahora? Oía los techos de las viviendas colindantes desplomarse, pero aún más fuertemente los latidos de mi corazón. El ambiente se cargaba paulatinamente de ceniza y un fuerte y desagradable aroma que se colaba por los resquicios de las puertas. Desde entonces empecé a disfrutar cada bocanada de aire, la libertad de mi mente, la textura de mi piel, el fuerte latir en mi pecho. Todas esas sensaciones cotidianas y tan insignificantes hasta hacía unas horas, unos minutos.

Entonces el gemido de un perro que deambulaba por la calle me sacó de mi ensimismamiento. Pensé en todo aquello que me rodeaba. ¿Qué será de esta encantadora ciudad? ¿Quedará todo en el olvido? Las calles con miles de historias, los verdes jardines, las colosales viviendas de los más poderosos, todos y cada uno de nosotros... ¿Acaso alguien sabrá que hemos estado aquí?

Iria Baltar Jorge

2º Bachillerato – Colegio Casa Azul